

minotauro

WILLIAM GIBSON

IDORU

Trilogía del Puente 2



WILLIAM GIBSON

IDORU

minotauro

Idoru

© 1996 by William Ford Gibson

© Traducción: Manuel Figueroa

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034
Barcelona.

Copyright © 2022 Editorial Planeta, S.A., sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

ISBN: 978-84-450-0948-2

Depósito legal: B. 11.983-2022

Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

1

El Cubo K de la Muerte

Después de Slitscan, Laney oyó que Rydell, guardia de seguridad nocturno del Château, hablaba de otro trabajo. Rydell era un tipo grande y tranquilo de Tennessee con una sonrisa entre triste y tímida, gafas de sol baratas y un *walkie-talkie* atornillado permanentemente a la oreja.

—Paragon-Asia Dataflow —dijo Rydell hacia las cuatro de la mañana, cuando ambos estaban sentados en unos sillones viejos y enormes. Habían pintado las vigas de hormigón que tenían encima para que parecieran de roble claro. Las sillas, como el resto de muebles del vestíbulo del Château, eran tan grandes que todo el que se sentaba en ellas parecía construido en una escala más pequeña.

—¿De verdad? —preguntó Laney, que siguió fingiendo que creía que alguien como Rydell podía saber dónde había trabajo.

—Tokio, Japón —insistió Rydell, que luego sorbió el café con leche helado con la pajita de plástico—. El tipo que conocí en San Francisco el año pasado. Yamazaki. Trabaja para ellos. Dice que necesitan un informático competente para llevar una red.

Llevar una red. Laney, a quien le gustaba considerarse un investigador, reprimió un suspiro.

—¿Trabajo con contrato?

—Supongo. No lo dijeron.

—No creo que me guste la vida en Tokio.

Rydell removió la espuma y el hielo del fondo de la taza de plástico alta con la pajita, como si buscara un premio oculto.

—No me dijo lo que tendrías que hacer. —Rydell alzó la vista—. ¿Has estado alguna vez en Tokio?

—No.

—Ha de ser un sitio interesante, después del terremoto y todo eso. —El *walkie-talkie* susurró y chasqueó—. Tengo que salir y echar un vistazo a la puerta de los bungalós. ¿Quieres venir?

—No —dijo Laney—. Gracias.

Rydell se puso de pie y estiró automáticamente las arrugas de los pantalones caqui. Llevaba un cinturón trenzado de nailon negro del que colgaban diversos artículos enfundados, también negros, una camisa blanca de manga corta y una corbata negra curiosamente inmóvil.

—Dejaré el número en tu casillero —dijo.

Laney vio que el guardia de seguridad cruzaba el piso de terracota y las alfombras para luego desaparecer detrás de los paneles brillantes y oscuros de la mesa de recepción. A Laney le habían dicho que hacía un tiempo había salido en un programa de la tele por cable. Era un tipo simpático. Un perdedor.

Laney permaneció sentado allí hasta que la luz del amanecer se proyectó por los altos ventanales arqueados y se oyó el leve repiqueteo de la cubertería taiwanesa, que llegaba de la caverna oscura del comedor. Voces de inmigrantes, en algún dialecto de la alta es-

tepa que el Gran Kan sin duda habría entendido. Los ecos resonaban en las baldosas del suelo, en las vigas altas que en otro tiempo habían asistido sin duda al advenimiento del linaje de Laney, la ecología de la celebridad y el terrible e inviolable orden de esa cadena alimentaria.

Rydell dejó una hoja doblada con membrete del Château en el casillero de Laney. Un número de Tokio. Laney la encontró el día siguiente por la tarde, junto con una estimación actualizada de la minuta final de los abogados.

Lo recogió todo y se lo llevó a la habitación, que ya ni siquiera podía soñar con pagar.

Una semana después estaba en un ascensor de Tokio, la cara reflejada en un espejo con vetas de oro mientras subía a la tercera planta del agresivo e indescriptible edificio O My Golly, para que lo admitiesen en el Cubo K de la Muerte, que al parecer era un bar con temática de Franz Kafka.

Desde el ascensor se llegaba a un espacio alargado cuyo nombre estaba grabado en metal al aguafuerte: La Metamorfosis. Los *sararimen* de camisa blanca se habían quitado las chaquetas y aflojado las corbatas oscuras, y bebían sentados junto a una barra de acero oxidada de forma ingeniosa; los respaldos de las sillas eran de resina marrón y quitinosa. Mandíbulas insectoides se curvaban sobre la cabeza de los bebedores, como guadañas.

Laney avanzó hacia la luz parda y el murmullo sordo de las conversaciones. No entendía japonés. Las paredes, más o menos transparentes, repetían un motivo de élitros y abdómenes bulbosos, extremidades marro-

nes, dobladas y llenas de púas, a intervalos regulares. Aceleró hacia una escalera curva, moldeada como caparazones lustrosos y de color marrón.

Los ojos de unas prostitutas rusas lo siguieron desde las mesas que había frente a la barra, inexpresivas como muñecas en aquella luz de coleóptero. Las Natachas estaban en todas partes, muchachas trabajadoras enviadas desde Vladivostok por el *Kombinat*. Una cirugía plástica rutinaria les había impuesto la belleza dura de una línea de montaje. *Barbies* eslavas. Una operación más simple les había implantado un dispositivo de rastreo, para beneficio de los traficantes.

La escalera conducía a La Colonia Penitenciaria, una discoteca, desierta a esa hora; unos pulsos de iluminación roja y silenciosa acentuaban los pasos de Laney por la pista de baile. Del techo colgaba una máquina extraña. Cada uno de los brazos articulados, que recordaban a un equipo dental anticuado, terminaba en unas puntas de acero afilado. Plumas, pensó, que recordaban vagamente al relato de Kafka. Sentencia de culpabilidad, grabada en la espalda desnuda del condenado. El molesto recuerdo de los ojos en blanco que no veían. Lo ignoró. Siguió su camino.

Una segunda escalera, estrecha, más empinada, y entró en El Proceso, de techo bajo y oscuro. Paredes color antracita. Unas llamas pequeñas se agitaban detrás del cristal azul. Vaciló, a ciegas a causa de la poca luz y agotado por el *jet lag*.

—Es usted Colin Laney, ¿verdad?

Australiano. Enorme. Estaba de pie detrás de una mesa pequeña, la espalda encorvada como un oso. La cabeza rapada tenía una forma extraña. Y había otra figura mucho más pequeña sentada allí. Japonés, con camisa de manga larga a cuadros, abotonada en un cuello

demasiado holgado. Parpadeó y miró a Laney a través de unas lentes circulares.

—Siéntese, señor Laney —dijo el hombre grande. Y Laney vio que le habían arrancado la oreja izquierda, de la que solo le quedaba un muñón retorcido.

Cuando Laney trabajaba para Slitscan, su supervisora se llamaba Kathy Torrance. La más pálida de todas las rubias pálidas. Una palidez casi translúcida; cuando la luz le iluminaba la piel en un ángulo concreto, se percibía que lo que había en sus venas no era sangre, sino un líquido del color del heno en verano. En el muslo izquierdo tenía una marca del todo añil de algo retorcido y lleno de púas, un pictoglifo caro y primitivo. Lo dejaba a la vista todos los viernes, cuando adoptó la costumbre de ir a trabajar en pantalones cortos.

Kathy siempre decía que la fama era con mucho lo peor que podía tocarle a uno. Minada por generaciones de colegas, pensó Laney.

Kathy apoyó los pies en el borde de un escritorio. Llevaba unas botas de leñador pequeñas y cuidadas, de imitación, abrochadas en el empeine y atadas con fuerza a la altura del tobillo. Laney le miró las piernas, la curva tensa que iba desde el borde de los calcetines de lana hasta los flecos de los vaqueros desgastados. El tatuaje parecía algo de otro planeta, una señal o un mensaje de las profundidades del espacio, grabado a fuego y dejado allí para que la humanidad lo interpretara.

Laney preguntó a Kathy qué significaba. Ella desenvolvió un mondadientes con sabor a menta. Unos ojos, que sospechó que eran grises, lo miraron a través de las lentillas teñidas de verde.

—Ya no hay nadie famoso de verdad, Laney. ¿No te has dado cuenta?

—No.

—Quiero decir famoso «de verdad». La fama ya no es lo que era. No es como antes. No queda fama suficiente en el mundo.

—¿No es como antes?

—Nosotros somos los medios de comunicación, Laney. Somos los que creamos a esas estúpidas celebridades. Es la rutina del me pongo yo, te quitas tú. Acuden a nosotros para que las creemos.

Las suelas de caucho Vibram empujaron el pupitre con los pies, levemente. Recogió las piernas, los tacones de las botas apoyados contra las nalgas cubiertas por el vaquero, las rodillas blancas tapándole la boca. Se balanceó sobre el pedestal de la silla sueca articulada.

—De acuerdo —dijo Laney volviendo a su monitor—, pero eso sigue siendo fama, ¿o no?

—Pero ¿es real?

Él la miró.

—Aprendimos a imprimir papel moneda con esa sustancia —dijo ella—. Moneda de nuestro reino. Ahora nos encontramos con que hemos impreso demasiado; hasta el público lo sabe. Lo dicen las encuestas.

Laney asintió, solo quería que lo dejara seguir con su trabajo.

—Excepto —dijo ella, que apartó las rodillas para que él viese que lo decía— cuando decidimos destruir a alguien.

Detrás de ella, más allá del metal oxidado de la Jaula, más allá de la estructura rectangular de cristal que filtraba hasta la última brizna de contaminación, el cielo sobre Burbank estaba del todo vacío, como un circuito integrado de pintura azul celeste instalado por el contratista del universo.

La oreja izquierda del hombre estaba bordeada por tejido marrón, liso como la cera. Laney se preguntó por qué no habría intentado hacerse una reconstrucción.

—Voy a recordar... —dijo el hombre leyendo en los ojos de Laney.

—¿Recordar qué?

—No olvidar. Siéntese.

Laney se sentó en algo que tenía cierto parecido a una silla, una construcción de tubos de aleación negros y hexcel laminado. La mesa era redonda y tenía aproximadamente el tamaño de un volante de coche. Una llama votiva acariciaba el aire detrás del cristal azul. El japonés de la camisa a cuadros y las gafas de montura metálica parpadeó con rabia. Laney observó como el hombre alto se sentaba; otra silla frágil desapareció bajo una alarmante mole de luchador de sumo que parecía estar formada solo por músculos.

—Ya ha superado el *jet lag*, ¿no es así?

—Tomé píldoras.

Recordó el silencio del ASA, la falta de movimiento aparente.

—Píldoras —repitió el hombre—. ¿Le parece bien el hotel?

—Sí —dijo Laney—. Perfecto para la entrevista.

—Entonces, de acuerdo —añadió el hombre mientras se frotaba vigorosamente la cara con las manos cubiertas de cicatrices. Miró con fijeza a Laney cuando las bajó, como si lo viera por primera vez. Laney evitó la mirada de esos ojos y se fijó en el atuendo del hombre, una especie de uniforme de nanoporos diseñado para alguien más pequeño pero aun así muy corpulento. No tenía un color definido en la oscuridad de El Proceso. Estaba abierto desde el cuello hasta el esternón. Estirado a causa de la masa anormal embutida en él. La

carne expuesta estaba cruzada y atravesada por un atlas de cicatrices con una sorprendente gama de formas y texturas—. Entonces, ¿de acuerdo?

Laney evitó mirar las cicatrices.

—He venido por la entrevista de trabajo.

—¿Quiere una entrevista?

—¿Es usted el entrevistador?

—¿Entrevistador?

La mueca ambigua dejó al descubierto una prótesis dental ostensible. Laney se giró hacia el japonés de gafas circulares.

—Colin Laney.

—Shinya Yamazaki —dijo el hombre, y le extendió la mano—. Hemos hablado por teléfono.

—¿Va a hacerme usted la entrevista?

Una ráfaga de parpadeos.

—Lo siento, pero no —respondió el hombre. Y luego—: Yo estudio sociología existencial.

—No entiendo —dijo Laney.

Los dos hombres que tenía delante no dijeron nada. Shinya Yamazaki parecía incómodo. El tipo con una sola oreja dedicaba una mirada amenazante a Laney.

—Usted es australiano, ¿no es así? —preguntó Laney al hombre con una sola oreja.

—Tazzie —le corrigió el hombre—. Apoyo al Sur en Apuros.

—Vamos al grano —sugirió Laney—. Paragon-Asia Dataflow. ¿Los conoce?

—Bribones contumaces.

—Cosa del país —dijo Laney—. A nivel profesional, quiero decir.

—Está claro. —El hombre levantó las cejas, una de ellas estaba cruzada por una línea retorcida de tejido cicatrizado rosa—. Vale. Rez. ¿Qué piensa de él?

—¿Se refiere a la estrella de rock? —preguntó Laney después de enfrentarse a un problema básico de contexto.

Un asentimiento. El hombre miró a Laney con una seriedad extrema.

—¿De Lo/Rez? ¿El grupo musical?

Mitad irlandés, mitad chino. Una nariz rota que nunca había sanado bien. Ojos verdes alargados.

—¿Qué pienso yo de él?

El cantante siempre tenía reservado un desdén especial en el sistema de valores de Kathy Torrance. Ella siempre lo había considerado un fósil viviente, el residuo irritante de una época pretérita, menos desarrollada. Portador de una fama imponente e insignificante al mismo tiempo y, según ella, dueño también de una fortuna imponente e insignificante. Kathy veía la fama como un fluido sutil, un elemento universal, como el flogisto de los antiguos, algo esparcido uniformemente por todo el universo durante la creación, y que ahora y en circunstancias específicas estaba a punto de manifestarse en ciertos individuos y sus carreras. En opinión de Kathy, Rez había durado demasiado tiempo. Demasiadísimo tiempo. Era algo que afectaba a la congruencia de la teoría de Kathy. El cantante desafiaba el orden correcto de la cadena alimentaria. Tal vez no había ningún organismo suficientemente grande para devorarlo, ni siquiera Slitscan. Y mientras Lo/Rez, el grupo musical, seguía produciendo a un ritmo tediosamente regular en diferentes medios, el cantante se negaba con obstinación a destruirse a sí mismo, a asesinar a alguien, a actuar activamente en política, a admitir un problema de abuso de drogas obsesivo o una adicción sexual arcana; en una palabra, a hacer algo digno de iniciar una nueva línea en Slitscan. Brillaba, acaso débil

pero de manera persistente, lejos del alcance de Kathy Torrance. Laney siempre había pensado que esa circunstancia era la verdadera razón de que ella lo odiara tanto.

—Bien —dijo Laney, después de pensar un rato, y movido por el impulso de dar una respuesta veraz—. Recuerdo cuándo compré el primer álbum. Y cuándo salió.

—¿Título?

El hombre de una sola oreja se puso aún más serio.

—*Lo Rez Skyline* —dijo Laney, dando gracias a todos los pequeños detalles sinápticos que lo habían ayudado a recordar—. Pero no puedo decirle cuántos han sacado desde entonces.

—Veintiséis, sin contar los recopilatorios —dijo el señor Yamazaki ajustándose las gafas.

Laney sintió que las píldoras que había ingerido, las destinadas a amortiguar los efectos del vuelo, se derrumbaban en su interior como si de un andamiaje farmacológico inestable se tratara. Las paredes de El Proceso parecieron estrecharse.

—Si no me explica qué hago aquí —le dijo al hombre de una sola oreja—, me vuelvo al hotel. Estoy cansado.

—Keith Alan Blackwell —contestó el aludido extendiendo la mano. Laney dejó que tomara la suya y se la estrechara brevemente. Al tacto, la palma del hombre era como una pieza de una máquina de atletismo—. Keithy. Vamos a tomar unas copas y a hablar un poco.

—En primer lugar, dígame si es o no es de Paragon-Asia Dataflow —sugirió Laney.

—La empresa en cuestión no es más que una máquina con un par de líneas de código en una trastienda de Lygon Street —dijo Blackwell—. Una empresa fantasma, pero puede considerarla nuestra empresa fantasma, si eso hace que se sienta mejor.

—No lo veo claro —respondió Laney—. Me hacen volar hasta aquí para una entrevista profesional, y ahora me dicen que la compañía implicada en la entrevista no existe.

—Sí existe —dijo Keith Alan Blackwell—. Está en la máquina de Lygon Street.

Llegó una camarera. Iba ataviada con un mono sin forma de algodón gris y algunos moretones cosméticos.

—Una jarra. Kirin. Fría. ¿Qué quiere usted, Laney?

—Café helado.

—Coke Lite, por favor —dijo el que se había presentado como Yamazaki.

—Estupendo —dijo el desorejado Blackwell, con tono funesto, cuando la camarera desapareció en la oscuridad.

—Les agradecería que me explicaran qué hacemos aquí —dijo Laney. Vio que Yamazaki garabateaba con vehemencia en la pantalla de un cuaderno pequeño; la pluma luminosa destellaba en la penumbra—. ¿Anota usted lo que hablamos?

—Perdone, no. Tomo apuntes del vestido de la camarera.

—¿Por qué? —preguntó Laney.

—Lo siento —dijo Yamazaki, ocultando lo que había escrito y cerrando el cuaderno. Guardó la pluma con cuidado en un hueco al costado del cuaderno—. Me dedico a estudiar esas cosas. Tengo la costumbre de registrar manifestaciones efímeras de la cultura popular. El vestido de la camarera plantea una cuestión: ¿se limita a reflejar la temática de este club o representa una respuesta más profunda al trauma del terremoto y la reconstrucción subsiguiente?